

## VII

### EL NAUFRAGIO Á LA VISTA DEL PUERTO

Púsose otra vez en camino.

Por lo demás, aunque no dejó la vida en el cenagal, parecía haber dejado la fuerza. Habíale agotado aquel supremo sacrificio, y era tal su fatiga que, á cada tres ó cuatro pasos, tenía que cobrar aliento y apoyarse en la pared. Una vez le fué preciso sentarse en la banqueta para cambiar de posición á Mario y creyó no volverse á levantar. Pero si el vigor había muerto en él, no así la energía. Se levantó.

Caminó desesperadamente, casi de prisa, andaba de este modo unos cien pasos, sin alzar la cabeza, sin respirar casi, y de repente tropezó en la pared. Había llegado á un ángulo de la alcantarilla con la cabeza baja y de ahí el choque. Alzó los ojos y en la extremidad del subterráneo, delante de él, lejos, muy lejos, percibió la claridad. Esta vez no era la claridad terrible, sino la claridad buena y blanca: el día.

Juan Valjean veía la salida.

Un alma condenada, que en medio de las llamas divisase de repente la salida del infierno, experimentaría lo que experimentó Juan Valjean. Volaría desatinadamente con sus quemadas alas hacia la

puerta. Juan Valjean no sintió ya fatiga, no sintió ya el peso de Mario; recobró sus piernas de acero y se puso á correr más bien que á caminar.

A medida que se aproximaba distinguía mejor la salida. Era un arco cimbrado, menos alto que la bóveda, la cual por grados iba decreciendo, y menos ancho que la galería, que iba estrechándose, mientras la bóveda bajaba. El túnel concluía en forma de embudo; conclusión viciosa, imitada de las prisiones, lógica en una cárcel, ilógica en un albañal, y que después se ha corregido.

Juan Valjean llegó á la puerta.

Allí se detuvo.

Era la salida; pero no se podía salir.

Estaba cerrado el arco con una fuerte reja, y la reja que, al parecer, giraba muy pocas veces sobre sus oxidados goznes, estaba sujeta al dintel de piedra por una gruesa cerradura, llena de herrumbre, que parecía un enorme ladrillo. Véase el agujero de la llave y el macizo pestillo profundamente encajado en la chapa de hierro. La cerradura era de dos vueltas, como las que el antiguo París acostumbraba usar en la Bastilla.

Al otro lado de la reja, el aire libre, el río, el día, el ribazo muy estrecho, pero suficiente para marcharse. Los muelles lejanos; París, ese abismo donde es tan fácil esconderse, el vasto horizonte, la libertad. A la derecha, río abajo, se distinguía el puente de Jena, y á la izquierda, río arriba, el puente de los Inválidos. El sitio hubiera sido á propósito para esperar la noche y evadirse. Era uno de los puntos más solitarios de París, el ribazo enfrente del Gros-Caillón. Las moscas entraban y salían al través de los barrotes de la verja.

Serían las ocho y media de la tarde. El día iba á desaparecer.

## VIII

### EL FALDÓN DE LA LEVITA ROTO

En medio de tal postración, una mano se apoyó en su hombro, y una voz que hablaba bajo le dijo: —Partamos.

¿Quién podía ser en aquel lóbrego sitio? Nada se parece más al sueño que la desesperación, y Juan Valjean creyó estar soñando. No había oído pasos. ¿Era sueño ó realidad? Levantó los ojos.

Un hombre estaba delante de él.

Iba vestido de blusa y descalzo. Llevaba los zapatos en la mano izquierda, pues sin duda se los había quitado para llegar hasta Juan Valjean sin ser oído.

Juan Valjean no vaciló un momento. A pesar de cogerle tan de improviso, conoció al hombre. Era Thenardier.

Aunque despertase, digámoslo así, de sobresalto, Juan Valjean, acostumbrado á vivir alerta y práctico en los golpes imprevistos que es preciso parar pronto, recobró al instante toda su presencia de ánimo. Además de que la situación no podía empeorar, pues hay angustias que no tienen aumento posible, y ni el mismo Thenardier añadiría lobreguez á aquella tenebrosa noche.

Hubo un momento de espera.

Thenardier, levantando la mano derecha á la altura de la frente en forma de pantalla, encogió las cejas y guiñó los ojos, lo cual, acompañado de un ligero fruncimiento de boca, caracterizaba la atención sagaz de un hombre que quería conocer á otro. No lo consiguió. Como hemos dicho antes, Juan Valjean volvía la espalda á la claridad y estaba además tan desfigurado, tan lleno de fango y de sangre, que ni aún en medio del día le hubiera nadie conocido. Al contrario de Thenardier; éste, alumbrado el rostro por la luz de la reja, lívida, es verdad, pero fija, saltó, como dice la enérgica metáfora vulgar, en seguida á los ojos de Juan Valjean. Esta desigualdad de posiciones bastaba para dar alguna ventaja á Juan Valjean en el misterioso duelo que iba á empeñarse. El encuentro era entre Juan Valjean con disfraz y Thenardier sin él.

Juan Valjean advirtió inmediatamente que Thenardier no le conocía.

Se consideraron un momento en la penumbra y como si trataran de medirse. Thenardier habló primero.

—¿Qué traza vas á darte para salir?

Juan Valjean no contestó.

Thenardier continuó:

—Es imposible abrir la puerta y, sin embargo, tienes que marcharte.

—Cierto,—dijo Juan Valjean.

—Pues bien, partamos las ganancias.

—¿Qué quieres decir?

—Has matado á ese hombre; bueno. Yo tengo la llave.

Thenardier indicaba con el dedo á Mario.

—No te conozco,—prosiguió,—pero quiero ayudarte. Debes ser un camarada.

Juan Valjean empezó á comprender. Thenardier le tomaba por un asesino.

—Escucha,—volvió á decir Thenardier.—No habrás matado á ese hombre sin mirar lo que tenía en el bolsillo. Dame la mitad y te abro la puerta.

Sacando entonces á medias una enorme llave de debajo de su agujereada blusa, añadió:

—¿Quieres ver lo que ha de proporcionarte la salida? Pues míralo.

Juan Valjean se quedó atónito, no atreviéndose á creer en la realidad de lo que veía. Era la providencia con formas horribles; era el ángel bueno que surgía ante él en figura de Thenardier.

Thenardier metió la mano en un ancho bolsillo que llevaba oculto bajo la blusa, sacó una cuerda y la alargó á Juan Valjean.

—Toma,—le dijo,—te doy además la cuerda.

—¿Para qué?

—También necesitas una piedra; pero afuera la hallarás. Junto á la reja las hay de sobra.

—¿Y para qué necesito esa piedra?

—Imbécil; si arrojases el cadáver al río sin atarle una piedra al pescuezo, flotaría sobre el agua.

Juan Valjean tomó maquinalmente la cuerda, como cualquiera hubiera hecho en su caso.

Thenardier hizo castañetear sus dedos, como si le hubiese asaltado de repente una idea.

—Pero, camarada, ¿cómo has podido desembarazarte del cenagal? Yo no he osado entrar en él. ¡Puf! Hueles mal.

Después de una breve pausa, añadió:

—Te dirijo una pregunta tras otra y haces bien en no contestarme. Es un ensayo para cuando comparezcas ante el juez. Además de que el que calla no dice nada. ¡Bah! Porque no vea tu cara ni conozca tu nombre, no te figures que ignoro lo que eres y lo

que quieres. Claro. Has estropeado á ese mozo y ahora desearías ocultarle en algún sitio; por ejemplo, en el río, que es el grande escóndelo todo. Voy á sacarte del apuro. Me gusta ayudar á la gente de pro.

Al mismo tiempo de aprobar el silencio de Juan Valjean, se ve que trataba de excitarle á que hablase. Empujóle en el hombro, de suerte que, ladeándose, pudiera examinarle de perfil; y siempre á media voz, dijo:

—Ahora que me acuerdo, eres un animal. ¿Por qué no arrojaste en el cenagal á ese hombre?

Juan Valjean no despegó los labios.

Thenardier, levantando hasta la nuez de la garganta el harapo que le servía de corbata, gesto que completa el aire de importancia de un hombre grave, continuó:

—Bien puede ser que obras cuerdamente; porque mañana los obreros, al venir á tapar el hueco, habrían tropezado con el cadáver, é hilo por hilo, hebra por hebra, quizá llegaran hasta tí. Alguien ha entrado en la alcantarilla. ¿Quién? ¿Por dónde ha salido? ¿Se le ha visto salir? La policía tiene talento. La alcantarilla es desleal y denuncia. Semejante hallazgo es una rareza y llama la atención; pocas personas se valen de la alcantarilla para sus negocios, mientras que el río es de todos. El río es la verdadera sepultura. Al cabo de un mes se pesca al hombre con las redes de Saint-Cloud. ¿Y qué importa? Está hecho una lástima. ¿Quién le ha matado? París. Y ni siquiera interviene la justicia. Has obrado á las mil maravillas.

Cuanto más locuaz era Thenardier, más mudo se volvía Juan Valjean. Thenardier le puso de nuevo la mano sobre el hombro.

—Terminemos nuestro asunto. Partamos. Has visto mi llave; muéstrame tu dinero.

Thenardier estaba huraño, feroz, con sus puntas de amenazador; y, sin embargo, el tono era amistoso.

Notábase una cosa extraña. Los modales de Thenardier no tenían nada de sencillos. Estaba como violento. Aunque sin afectar misterio, hablaba bajo, y de vez en cuando ponía el dedo en la boca, diciendo:—¡Chitón!

No es fácil adivinar la causa. Encontrábanse solos y Juan Valjean supuso que habría más bandidos ocultos en algún rincón, no muy lejos, y que Thenardier no querría partir con ellos.

—Acabemos,—dijo Thenardier.—¿Cuánto tenía ese mozo en los bolsillos?

Juan Valjean metió mano en los suyos. Sábase que su costumbre era llevarlos siempre bien provistos; así se lo exigía la vida de recursos repentinos á que se veía condenado. Esta vez, sin embargo, le cogió desprevenido. Al ponerse, la víspera por la noche, el uniforme de guardia nacional, se había olvidado, sumido como estaba en lúgubres pensamientos, de llevarse la cartera. Sólo tenía unas cuantas monedas en el bolsillo del chaleco lleno de fango. Lo vertió en el zampeado, y eran un luis de oro, dos napoleones y cinco ó seis sueldos. Thenardier alargó el labio inferior con una contorsión de pescuezo significativa.

—Le has matado casi de gracia,—dijo.

Y se puso á tentar con toda familiaridad los bolsillos de Juan Valjean y los de Mario. Juan Valjean, empeñado principalmente en que no le diese la claridad en el rostro, le dejaba que registrase. Al mismo tiempo de andar en el vestido de Mario, Thenardier, con la destreza de un escamoteador, halló medio de arrancar, sin que Juan Valjean lo notase, un pedazo y ocultarle debajo de la blusa, calculando,

sin duda, que podría servirle algún día para conocer al hombre asesinado y al asesino. En cuanto al dinero, no encontró más de los treinta sueldos.

—Es verdad,—dijo,—eso es todo.

Y olvidándose de sus palabras de introducción ¡partamos!, se lo guardó todo.

Como que vaciló al llegar á los sueldos; pero después de reflexionar, los cogió también, acompañando la acción con estas palabras:

—¡No importa! Es despachar demasiado barato á las gentes.

En seguida sacó otra vez la llave.

—Ahora, amigo mío, es menester que te vayas. Aquí, como en la feria, se paga á la salida. Has pagado; sal.

Y se echó á reir.

Que al proporcionar á un desconocido el auxilio de aquella llave y al abrirle la reja le guiase la intención pura y desinteresada de salvar á un asesino, hay más de un motivo para dudarlo.

Juan Valjean, con la ayuda de Thenardier, colocó de nuevo á Mario sobre sus hombros y luego el segundo se dirigió á la reja de puntillas, indicando al primero que le siguiese; miró hacia fuera, se puso el dedo en la boca y permaneció algunos segundos como escuchando. Satisfecho de su observación, entró la llave en la cerradura. El pestillo se deslizó y la puerta giró sobre sus goznes, sin hacer el menor ruido, muy poco á poco. Conociase que la reja y los goznes, dados con aceite, se abrían más á menudo de lo que se hubiera pensado. Era una suavidad siniestra, en la que se presentían las idas y venidas furtivas, las entradas y salidas silenciosas de los hombres nocturnos y las pisadas de lobo del crimen. Evidentemente, la alcantarilla estaba confabulada con alguna banda misteriosa.

Aquella taciturna reja era una encubridora.

Thenardier entreabrió la puerta lo suficiente para que saliese Juan Valjean, volvió á cerrar, dió dos vueltas á la llave en la cerradura y se hundió otra vez en las tinieblas, sin hacer más ruido que si fuese un soplo. Parecía andar con las patas afelpadas del tigre.

Un momento después, esta providencia de la mala catadura desaparecía en lo invisible.

Juan Valjean se encontró fuera.

## IX

DE CÓMO MARIO PARECE MUERTO Á UNA PERSONA  
QUE LO ENTIENDE

Colocó á Mario en un ribazo.

¡Estaban fuera!

Detrás quedaban los miasmas, la obscuridad, el horror; inundábalos ahora el aire libre, puro, lleno de vida, impregnado de alegría, respirable. En derredor el silencio; pero era el apacible silencio del sol, oculto ya bajo azulados horizontes.

La hora del crepúsculo había pasado y se acercaba á toda prisa la noche, libertadora y amiga de cuantos necesitan un manto de sombra para salir de alguna angustiosa situación. El cielo se ofrecía por todas partes como una calma enorme. El río llegaba hasta los piés de Juan Valjean con el blando susurro de un beso. Oíase el diálogo aéreo de los nidos que se daban las buenas noches en los olmos de los Campos Elíseos. Algunas estrellas, salpicando débilmente el pálido azul del zénit y visibles sólo á la meditación, formaban en la inmensidad cortos é imperceptibles resplandores. La noche desplegaba sobre la cabeza de Juan Valjean todas las dulzuras del infinito.

Era la hora indecisa y delicada que no dice ni sí ni no. Había ya bastante obscuridad para poder